

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 9 noviembre 2011

Texto de referencia: El sentido religioso, capítulo XI, *Encuentro, Madrid 2008*, pp. 159-172.

- *Il viaggio*
- *Ojos de cielo*

Lo que acabamos de cantar es lo que deberíamos aprender esta noche. «Tu escuchabas hablar a todos, después nos hablaste de ti, de ese mundo lejano, lejano, pero verdadero. Después caí en la trampa del odio y del poder», y empieza a recorrer el camino: «El sol de la mañana me encontró en el camino recuperando el tiempo que había perdido. Atravesé los montes, atravesé el mar y ahora quiero continuar mi viaje contigo. Te encuentro en todas las cosas, a todos les hablo de ti y aquel mundo lejano, lejano, ¡cada vez es más verdadero!». Esta es la cuestión: si, a medida que caminamos, el mundo es cada vez menos verdadero o si la realidad, el camino, lo hace cada vez más verdadero.

Estuve en el funeral de Giovanni, el universitario que murió el viernes pasado en un accidente de moto aquí, en Milán; estudiaba veterinaria. Cada vez que participo en el funeral de un joven, me conmueve pensar en sus padres, que pueden recordar los momentos pasados con sus hijos. Y me digo: ¡qué prueba, qué dolor! ¿Cómo puede una persona sostener algo así, sin volverse loca? Y lo único que decía es: Señor, abrázales, porque lo único que puede sostenerles es la certeza de Ti. Después la madre contó que le habías llamado por teléfono, y que le habías dicho que tuviera la certeza de que el bien del que es signo su hijo ahora es más grande que el bien que habría podido darle ella como madre. Pensé: es así. Pero, al leer el capítulo décimo de El sentido religioso, y sobre todo el undécimo, don Giussani dice que la exigencia del corazón es por sí misma prueba del hecho de que existe una respuesta. Y yo me acordaba de esa madre; el hecho de haber tenido a su hijo durante veintidós años, el hecho de tener la exigencia y el deseo de que su hijo esté vivo, es ya una prueba de que la respuesta existe. Pero yo pregunto: ¿es posible para un ser humano –un padre, una madre– sostener esto sin Cristo? ¿Es posible que la razón pueda afirmar titánicamente esto sin Él, sin ser abrazados?

Se trata de una pregunta decisiva, y sobre este tema habéis enviado varias cartas, porque todos sentimos la urgencia de una pregunta como ésta. ¿Puede la razón, por sí misma, sostenernos ante las contradicciones de la vida? Se trata de una pregunta que debemos mantener abierta, y espero que al final de la Escuela comunidad, con el recorrido que vamos a hacer, consigamos responder a ella. Todos, o por lo menos muchos, salieron tocados de la Escuela de comunidad de la semana anterior, cuando hice una afirmación decidida: «Esto no es un problema de fe, es un problema de razón».

Al final de la escuela pasada dijiste: «Todo lo que existe, todo lo que sucede, lo permite de alguna manera el Misterio – porque todo tiene su origen en aquel Tú misterioso –, y por el mismo hecho de que ha acontecido, supone una provocación para nuestra vida,

es decir, una indicación para cambiar, la ocasión para dar un paso hacia nuestro destino, un instrumento para que caminemos, en fin, digámoslo, un signo: la realidad es un signo. Esta es la naturaleza última de la realidad, y lo que la crisis nos plantea a todos es el reto que supone reconocerlo. Un desafío para nosotros y para los demás, porque es un desafío para todos». Y luego, el viernes, dijiste en Assago: «La positividad se revela sólo a quien acepta este desafío». Estas líneas han abierto ante mí un mundo al que antes no miraba, y que ahora comienzo a mirar. Que la positividad de la realidad no coincida con aquello que es agradable o deseable, esto lo tenía presente; pero ahora nos estás llevando por un camino completamente nuevo para mí. Tengo muchos ejemplos; el último que quería contarte tiene que ver con el encuentro con una chica que ha perdido su trabajo, y de la que me había hablado un amigo. Se trata de una chica recién diplomada, que me cuenta que suspendió el último curso del liceo y tuvo que repetir. Yo le digo una frase para salir del paso: «Bueno, no es uno de los problemas más graves de la vida». Y ella me dice: «¡No, repetir me salvó la vida!». Yo pego un brinco en la silla, porque para un chaval de bachillerato (estás acabando, pero debes volver otra vez ahí, mientras tus compañeros siguen avanzando), es una gran dificultad, una circunstancia nada agradable –desde luego no dramática como la que acabamos de escuchar, pero, en cualquier caso, no deseable–; y ella, con tranquilidad, me dice que es lo que le ha salvado. No quería volver a aquella escuela, pero volvió por la insistencia de su madre, y allí conoció a muchos compañeros nuevos, un ambiente que le hizo abrirse completamente. Y luego me dice: «Antes de repetir, pasaba de la vida, pero desde aquel momento todas las circunstancias con las que me topé de ahí en adelante, fueran bonitas o feas, no hicieron sino abrir y aumentar mi vivacidad». Y aquí viene la cuestión: ¿Qué quiere decir positivo? Y esto es objetivo: no algo que es necesariamente agradable, sino algo que me permite reconocer cada vez más algo sobre mí y sobre el Misterio, sobre la finalidad para la cual existo.

Después volvemos sobre esto.

Hace un mes me pasó lo siguiente: un día vinieron algunas familias de Romagna a cenar a mi casa con otras familias. Entre éstas estaban los padres del niño del que hablaba el número de Tracce de octubre: un niño que no debía ni siquiera nacer, a causa de una grave malformación; bueno pues no solamente nació sino que ahora tiene casi cinco meses. Hace algunos días, una de las amigas que había venido a nuestra casa me mandó un mensaje y me contó lo que le había pasado el día anterior, cuando una pareja de amigos suyos les había llamado, a ella y a su marido, con mucha urgencia, pues parecía algo gravísimo; en resumen, a estas personas se les había venido el mundo encima porque esperaban el cuarto hijo, lo que supone problemas económicos, dificultades... y ya con una cierta edad. Esta amiga me escribió y me dijo: «He tenido que elegir; podía haber hecho el justo discurso habitual sobre cómo estar frente a este tema. En cambio, decidí hablarle del impacto que me habían producido esos padres, y les invité a leer el artículo de la revista. Algunos días después me llamaron esos amigos, quedé con ellos y me encontré con que eran completamente distintos de hacía tres días, tenían una herida que hace tres días no tenían, se había abierto una grieta dentro de su forma habitual de mirar la realidad (y también este nuevo embarazo)». Me pregunté: ¿por qué la enfermedad, el drama de estos dos padres con respecto al diagnóstico de su hijo es positivo? Porque ha introducido un desafío, una novedad en mí y en mis amigos que ha pasado de boca en boca, como una mirada distinta sobre la realidad, hasta llegar a estos dos que ni siquiera conozco, que no sé ni siquiera quiénes son, si son cristianos o no.

¿En qué consiste la novedad de esta mirada?

La novedad de esta mirada es –tal y como ella me lo ha contado– que se había introducido en ellos una posibilidad que antes no podían ni siquiera imaginar, es decir, que este nuevo niño fuese un don para ellos. Esto lo leyó ella en su mirada tres días después, mientras que tres días antes sólo percibía el ahogo, una definición reducida de la realidad, incluido ese niño.

Gracias.

Me impresionó mucho cuando, en el encuentro del viernes pasado en Assago, afirmaste varias veces de forma impetuosa que la realidad es positiva porque existe, en la estela de lo que se dice en el capítulo décimo de El sentido religioso: «El primerísimo sentimiento que tiene el hombre es el de estar frente a una realidad que no es suya, que existe independientemente de él y de la cual depende». Al leer el capítulo undécimo, he percibido que estaba completamente en consonancia con mi experiencia, porque los días están llenos de las exigencias que se describen ahí; pero también comprendo que yo, muchas veces, en nombre de la exigencia que aflora en mí, dejo a un lado el dato de la realidad. Por ejemplo, en nombre de la exigencia de justicia dejo a un lado a quien me hace una injusticia, mientras que tú no te mueves ni un milímetro en el recorrido que haces desde el primer punto, es decir, desde el primer párrafo del capítulo décimo que describe el dato objetivo de la realidad. Entonces me surge una pregunta: ¿por qué yo me cambio de sitio?

Me interesaba escuchar estos testimonios porque ahora podemos comprender lo central de la cuestión. Leo esta carta, porque resume los elementos que se han puesto de manifiesto: «Querido Julián: te escribo porque de un tiempo a esta parte estás gritando en voz alta –y lo has hecho también en el encuentro del viernes pasado sobre la crisis [en el Forum de Assago, ¡y no sólo aquí, en nuestro patio!– que la realidad es positiva porque existe. Con respecto a esta insistencia, ha nacido en mí una pregunta: por mi experiencia, me doy cuenta de que una mirada así sobre la realidad, empezar a percibirla como algo positivo, tiene su origen únicamente en el encuentro. Sólo cuando me he encontrado con Cristo he empezado a percibir esto, porque antes la realidad había sido siempre para mí como una jaula, desde el estudio a los problemas con mi familia; sólo en el momento en el que encontré Aquello que corresponde verdaderamente a mi corazón, empecé también a situarme de manera distinta con respecto a todo lo que tenía delante. En resumen, entiendo que el punto, la cuestión, es Cristo, no la realidad. Nos has dicho que sobre este punto, sobre este uso ampliado de la razón, sobre el hecho de que la realidad es positiva porque existe, nosotros podemos desafiar a todos. Entonces te pregunto: ¿cómo es posible esto? ¿Cómo es posible que yo le diga a un amigo mío que está sufriendo que la realidad es una ocasión, si él no ha conocido nunca a Jesús? Tal vez no he comprendido lo que estás diciendo en este último tiempo. Por eso deseo que me ayudes a aclarar esto». En definitiva, parecería que todo se resuelve diciendo: "Jesús". Pero mirad lo que dice a continuación, como si no tuviese nada que ver con lo que acaba de escribir: «Pero quería decirte una cosa. No puedo evitar que la afirmación "la realidad es positiva" provoque en mí un fastidio. Esto se debe a la influencia del poder, que me ha empujado siempre a reducir la palabra "positiva" a "deseable" o "agradable", como nos has dicho; sin embargo, yo no conseguiría gritar esto como estás haciendo tú [lo podríamos decir entre nosotros, en nuestro patio, en nuestra parroquia, ¡pero gritarlo a todos, no!] porque rompe completamente la medida, mi medida [no lo puede decir porque rompe continuamente su medida]. Pienso todavía que la positividad de la realidad depende de que las circunstancias sean buenas o malas [como todos, y entonces uno se pregunta: ¿para qué sirve Cristo?]. No consigo quitarme completamente de encima ese pensamiento implícito que vuelve a surgir cada vez que escucho decir

que "la realidad es positiva"». ¡Es una fotografía de nuestro problema! Sin la fe no puedo decir: «La realidad es positiva» pero, una vez que tengo la fe, ¿es suficiente con decir: «Cristo»? ¿Qué significa para nosotros decir: «Cristo»? ¿Qué es Cristo? ¿Es acaso un consuelo, un tranquilizante? Mirad qué fractura entre la Escuela de comunidad y la vida, entre lo que decimos aquí y lo que podemos decir en la plaza pública. Empezamos a identificar lo que no hemos comprendido todavía –no importa, ya lo entenderemos, no os preocupéis– desde el 26 de enero: qué es la fe, es decir, qué es el encuentro con Cristo, que despierta todas las exigencias del hombre. Vemos que existe una modalidad de vivir y de concebir la relación entre Cristo y la razón como algo yuxtapuesto. ¿Y en qué se ve que son yuxtapuestos? En que decir «Cristo» no coincide con un uso de la razón que me permita decir que la realidad es positiva («Siento fastidio ante esta afirmación»). Pero muchos pensáis que es porque no decís «Cristo». Pero no es así, porque este amigo dice «Cristo» y, en cambio, nos ha ofrecido una fotografía de la cuestión. Muchas veces me reprochan que hablo de la razón y no de Cristo –este amigo está hablando de Cristo–, o que yo hablaba del corazón y no de Cristo –este amigo está hablando de Cristo–; ¡pero hay un modo de hablar de Cristo que es perfectamente inútil para la vida! No es que no se hable de Cristo, sino que se afirma a Cristo sin que suceda nada en el sujeto, en su relación con la realidad. Atención: no estamos afirmando aquí que se puede vivir la realidad sin Cristo –¡faltaría más!–; el problema es qué entendemos por fe, porque vemos que hay un modo de decir «Cristo» que es perfectamente inútil, porque no es capaz de eliminar el fastidio y, como dice él, «no es capaz de romper completamente mi medida». ¿Y qué es la "medida", sino la razón como medida? ¿A qué conduce vivir la razón como medida? Nos conduce a vivir la realidad como todos, y no conseguimos pensar que la positividad de la realidad pueda no depender de que las circunstancias sean buenas o malas: «No consigo quitarme completamente de encima ese pensamiento implícito que vuelve a surgir cada vez que escucho decir que "la realidad es positiva"». Es decir, existe un modo de hablar de la fe, de hablar de Cristo, que no es capaz de ensanchar la razón, y entonces todo depende de si la realidad coincide o no con mi medida. Cuando la realidad va más allá de mi medida, cuando el desafío de la realidad va más allá de mi medida, entonces es mala. Nosotros sabemos cuál es la verdadera naturaleza de la razón, lo hemos aprendido desde siempre en *El sentido religioso*: es esa apertura a la realidad según la totalidad de los factores que testimonia el capítulo décimo y todavía más el undécimo, cuando habla del positivismo, del signo, de las exigencias. Pero esta apertura, como vemos, no se mantiene, y al final se acaba cerrando. El ímpetu con el que uno nace del seno de su madre, esa curiosidad infinita del niño, termina por desaparecer. Por eso, el pasado 26 de enero dijimos que sólo Cristo desvela el sentido religioso, lo educa y lo salva, y que si Cristo no lo desvela, lo educa y lo salva, nuestro sentido religioso (es decir, nuestra razón, nuestra libertad y nuestro afecto), desaparece. Entonces dijimos que Cristo es el único que puede salvar el sentido religioso, porque es el único que vuelve a abrir nuestra persona, la exigencia de nuestro "yo". ¿Cómo podemos saber que Cristo está? Sabemos que Cristo está no porque digamos «Cristo» –como lo decimos muchas veces, de forma nominalista, y no se ve, no se Le puede reconocer–; sabemos que está Cristo, que Cristo actúa en medio de nosotros porque es capaz de despertar el sentido religioso, es decir, la razón, la libertad y el afecto. Y por eso el sentido religioso es la verificación de la fe, del encuentro que ha sucedido. Muchas veces hablamos del cristianismo pero, en el fondo, no sucede nada, hablamos de un cristianismo que no es capaz de afectar ni un instante a la razón y al afecto. Por eso no comprendemos cuando decimos –¡no se trata de otro eslogan más, por favor!– que el cristianismo es un acontecimiento. Porque la pregunta es: ¿qué sucede en la persona cuando acontece el cristianismo? ¿Sucede algo útil para la

vida, para la relación con la realidad, o no sucede nada? ¿Suscita tan sólo un sentimentalismo superficial, de modo que un instante después volvemos a la medida de antes? ¿Es capaz Cristo de despertar verdaderamente lo humano? ¿Qué es lo humano? ¿El pelo? ¿Se te riza el pelo? ¿O es la razón, la libertad y el afecto? No estamos hablando de la razón fuera del acontecimiento cristiano, sino que estamos verificando si el acontecimiento cristiano es capaz de permitirnos usar la razón de este modo, de despertar la razón así. Por eso sigo diciendo que es un problema de la razón. Y no porque la razón pueda ser verdadera razón sin el Acontecimiento, ¡sino precisamente porque es lo que salva la razón! Por eso, respondiendo a la pregunta: «¿Dónde nace y cómo se realiza una razón así?», decía en la Jornada de apertura de curso: «Una razón capaz de reconocer la realidad en toda su profundidad nace y se realiza en el acontecimiento cristiano [¿estoy tal vez hablando de él sin Cristo?]. A causa del acontecimiento cristiano, la razón cumple su naturaleza de apertura ante el desvelarse mismo de Dios. Se entiende entonces por qué don Giussani dice que "el problema de la inteligencia se encierra" en el episodio de Juan y Andrés [...]. Por este motivo, el pasado 26 de enero [...] empezamos recordando que "el corazón de nuestra propuesta es [...] el anuncio de un acontecimiento que sorprende a los hombres del mismo modo en que, hace dos mil años, el anuncio de los ángeles en Belén sorprendió a los pobres pastores. Un acontecimiento que acaece, antes de toda otra consideración, y que afecta tanto al hombre religioso como al no religioso"». ¿Y cómo sé que ha sucedido esto? ¿En qué se ve? ¿O se trata solamente de una afirmación sin ton ni son? ¿Es un mero nominalismo? Si estamos diciendo que el cristianismo es un acontecimiento, ¿en qué se ve que sucede? Porque no estoy hablando de un pensamiento, de un sentimiento o de un estado de ánimo: ¡estoy hablando de un acontecimiento! Y me preguntaba: ¿en qué se ve que este acontecimiento ha entrado en nuestra vida? Y citaba de nuevo a don Giussani: «En que "este acontecimiento resucita o potencia el sentido elemental de dependencia y el núcleo de evidencias originarias a las que damos el nombre de sentido religioso" [...]. Por este motivo, el acontecimiento cristiano hace del hombre un hombre, es decir, alguien más capaz de vivir según sus evidencias originales, más capaz de ser tocado por la realidad, de vivir la realidad según su verdad, porque es capaz de usar la razón según su verdadera naturaleza de apertura a la totalidad de la realidad. Sólo una "razón abierta al lenguaje del ser" [...], como acaba de decir el Papa en Alemania, puede alcanzar la realidad». Entonces, si para nosotros decir «fe», decir «acontecimiento cristiano», no significa un uso nuevo de la razón, ¿qué quiere decir? No somos visionarios, porque finalmente, podemos usar la razón según su naturaleza. Si nuestro cristianismo, como dice don Giussani, es un cristianismo sin sentido religioso (y esto puede suceder), es decir, un cristianismo que no abre la razón, nos encontramos afirmando a Cristo en nuestras prácticas de piedad, pero seguimos siendo racionalistas en la vida. Es decir: la fractura entre el saber y el creer permanece intacta. Y no se trata de un problema para los intelectuales, no, porque yo, cuando la realidad se presenta de una cierta manera, no resisto, no consigo seguir diciendo que la realidad es positiva. Porque cuando digo que la realidad es positiva, vale únicamente si lo puedo decir racionalmente, pues de otro modo nunca podré quitarme de encima el pensamiento implícito de que, en el fondo en el fondo, sólo me estoy autoconvenciendo. Y entonces, si no tenemos el valor de decirnos a nosotros mismos que la realidad es positiva, ¡imagínate si lo tenemos para decírselo a otros! ¿Entendéis que así nuestra contribución como cristianos es perfectamente inútil? Porque si nosotros seguimos viviendo la realidad como todos, ¿qué le importa a los demás lo que hacemos los domingos por la mañana en misa o los miércoles por la noche aquí? Es completamente inútil. Entonces, se entiende mejor lo que se ha dicho en una intervención esta noche: cuando uno se encuentra delante de

alguien que vive de forma distinta y nueva ante un hijo con malformaciones, se abre una grieta en la forma habitual de mirar, es decir, se abre la medida, se abre una posibilidad. ¿Y qué es abrirse a la posibilidad? ¿Qué nos ha enseñado don Giussani sobre la razón? Que es salvar la categoría de la posibilidad. Sin esto no existe la razón. ¿Por qué decía la chica «repetir me ha salvado»? Porque ha servido para que se abriera, ha abierto de nuevo las ventanas de su búnker, cerrado sobre su positivismo y sobre su medida. Entonces no son distintos los capítulos décimo y undécimo. Leo en la página 161: «El signo, por tanto, es una experiencia real que me remite a otra cosa. El signo es una realidad cuyo sentido es otra realidad distinta». ¡Realidad y realidad! ¡No realidad y virtualidad, sino realidad y realidad! ¿Acaso puede algo virtual generar algo real? No, para explicar una realidad hace falta otra realidad. Si don Giussani dice esto justamente al principio, imaginad lo que dice con respecto a cada exigencia. Cada exigencia necesita, precisamente por su naturaleza de signo, encontrar otra realidad sin la cual no existiría, no se explicaría. Pongamos el ejemplo de la justicia. Hace algunos meses, cuando escribía el prefacio al libro *Esperienza elementare e diritto*, que han escrito algunos amigos juristas, cayó en mis manos la entrevista al filósofo Paolo Rossi. Si miramos todo lo que ha escrito, podemos decir en cierto modo que su planteamiento racionalista no ha conseguido cerrar completamente el círculo. ¿En qué sentido? Él dice: «No me importan en absoluto las pruebas de la existencia de Dios. Sin embargo, tengo como una piedra en el estómago, me cuesta mucho aceptar la idea de que el asesino y su víctima desaparezcan juntos en la nada». ¿Qué nos dice esto? Que la exigencia de justicia que tiene ese profesor es de tal naturaleza que no consigue resolver la partida. Y esto no sucede solamente al comienzo de la vida o al comienzo de la relación con la realidad, porque cuanto más siente uno la exigencia de la vida, más aguda se vuelve la exigencia. Por eso la exigencia es lo que nos impide –y respondo así a la última intervención de esta noche– apartarnos de la realidad. Mirad lo que dice don Giussani en la página 164: «Sin la perspectiva de un más allá, la justicia es imposible». Y lo mismo dice sobre la felicidad, un poco más adelante: «Una visión racional y humana de la experiencia de esta exigencia [*quid animo satis?*] solamente se da cuando se lee en ella su implícita referencia a Otro». Lo mismo vale para el amor o la verdad, es más, cometeríamos un asesinato de lo humano, nos retiraríamos de la realidad si renunciásemos a esto. Porque, a medida que uno camina, más cuenta se da de que –lo dice en la página 167– «el mundo "demuestra" la existencia de otra cosa diferente, "demuestra" a Dios, como todo signo demuestra aquello de lo que es signo». Entonces, ¿cómo recorrer este camino? Habíamos dicho que esto no se desvela si no aceptamos el desafío de la realidad porque el significado, es decir, la positividad de la realidad, se desvela únicamente a quien, utilizando la razón de este modo, acepta el desafío de la realidad. Pero muchas veces, antes de que se desvele, estamos a mil kilómetros de distancia, porque no aceptamos la categoría de la posibilidad, no aceptamos que en la realidad existe una promesa que se desvela según un designio que no es el nuestro. Escuchad lo que dice esta carta, respondiendo positivamente al desafío: «Queridísimo amigo Julián: no puedo y no quiero apartarme más de tus provocaciones, y no puedo y no quiero separarme más del desafío continuo, insistente pero lleno de caridad, que lanzas sin descanso desde hace meses a mi corazón. Por eso, puesta de este modo contra las cuerdas, te digo: sí, Cristo es el único que permite al hombre resistir los golpes de la vida. El cristianismo es el acontecimiento que me ha sucedido, que es para mí, que me ha hecho reencontrar y descubrir de nuevo una actitud humana [el despertar de lo humano demuestra que Cristo ha sucedido] de la que no me imaginaba que fuesen capaces mi corazón y mi razón [por eso cuando uno habla de la razón de cierta manera es porque no sabe qué es, ni qué novedad se produce en la razón cuando sucede Cristo].

Cristo, mi Cristo, es el único que puede sostener mi vida, sea cual sea el rostro de la realidad con la que me topo. Y he caído en la cuenta [porque no es un problema de demostración: es un darse cuenta] de este espectáculo de humanidad pasando justamente a través del drama de la crisis que he vivido en mi propia piel por problemas de trabajo. No tengo nada que defender, y por eso no me avergüenza reconocer que he pasado una época en que llegaba a casa destruida después de la jornada de trabajo, porque el hilo conductor parecía estar dictado únicamente por pensar qué sería de nosotros, y tenía miedo. Sí, estaba asustada por la idea de perder el trabajo, estaba preocupada por mi futuro, por el futuro de mi familia, de mis hijos, y he descubierto la angustia tremenda, la depresión que se puede adueñar de nuestro corazón cuando te preguntas: ¿qué hago ahora? ¿Por qué soy tan impotente? ¿Es posible que no pueda hacer nada? [no se le ahorra nada, el camino es totalmente humano. Nada de visiones, nada de soluciones mágicas, sino atravesando la oscuridad. ¿Os interesa?] Al verme de este modo contra las cuerdas porque, como dices tú, el Misterio no nos ha querido ahorrar ni siquiera la crisis, me he dejado ayudar solamente por una cosa, por mi petición [es decir, por la exigencia], por mi necesidad de una respuesta que me ayudase a levantarme por la mañana sin dejarme llevar por el nudo que tenía en la garganta, sino buscando el sentido, una respuesta en aquello que tenía que afrontar. Pues bien, este ha sido el punto de mi renacimiento humano, porque con un corazón tan sediento he escarbado con mis manos en aquello que me parecía sólo una realidad llena de fango, con la esperanza de encontrar una pepita de oro. Buscando de este modo, pidiendo así, he llegado por gracia a darme cuenta de que la realidad me hablaba, de que Cristo me estaba hablando dentro de la realidad, y he empezado a seguir los signos. Seguía y me dejaba conducir; seguía y era llevada del brazo. Cuanto más seguía, más capaz era de leer los signos, de comprender el lenguaje del ser. Madre mía, qué impresión, qué temblor cuando me he dado cuenta, y qué conmoción al contártelo ahora. Pero lo mejor ha venido después. Todo este asombro no se ha desvanecido, no se ha desinflado [el sentimiento pasa un instante después], sino que se ha "soldado" en mi corazón cuando he comprendido, escuchándote en la Jornada de apertura de curso, que todo esto se sostiene únicamente si mi corazón se enamora de ese Rostro que mi razón acaba de verse obligada a reconocer en la realidad. Ahí he comprendido que me estaba enamorando del Misterio. Y, cuando te enamoras, lo único que deseas es amar cada vez más, ir cada vez más al fondo de esa relación, estar lo más cerca posible, y que pueda volverse cada vez más familiar, íntimo y tuyo, y querrías estar pegado a Él, cada vez más parecido a Él, y mirar todo con Sus ojos. ¿Sabes lo que me ha sucedido? Que me he mirado y he descubierto en mí un deseo de amar con una intensidad excepcional. Estoy insistiendo sobre esto con mis amigos, y me doy cuenta de que no estamos acostumbrados a mirarnos así, a amarnos así, con este respeto profundo que te hace, al mirar el rostro de un amigo, mirar a Cristo por el rabillo del ojo. Pero, a medida que profundizo en las relaciones, me encuentro más libre, y no pretendo nada de los demás porque estoy contenta de amar así [apoyada en una plenitud: ¡no pretendo nada porque estoy contenta!], de querer así. Es curioso, toda esta revolución en mi corazón ha nacido a partir de la crisis. El viernes pasado, cuando te escuchaba en el Forum de Assago, me conmoví profundamente al verme descrita en tus palabras; todo se volvía claro, todo ha encontrado su unidad en mi vida. No es que por un lado esté el manifiesto, por otro la Escuela de comunidad y por otro la Jornada de apertura de curso; no, no, todo está unido en mi corazón porque se ha desvelado Su rostro ante mis ojos, y ahora no puedo y no deseo más que amar a Cristo, seguirle, y ver a dónde me lleva y qué ha reservado para mí. Y qué emoción infinita y llena de respeto al pronunciar ahora Su nombre...

Gracias, Julián, gracias, porque me has llevado de la mano y me sigues llevando hasta el Único que puede alegrar mi corazón». Creo que está claro, ¿no?

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles **30 de noviembre** a las 21.30. Retomaremos el capítulo duodécimo de *El sentido religioso* (La aventura de la interpretación). Si en el capítulo undécimo se ha detenido en la razón (la parte final del capítulo es el descubrimiento de la razón), en este capítulo entra en escena el otro gran factor del hombre, la libertad. La cuestión, entonces, será sorprender en nosotros qué experiencia hacemos de la libertad en estos quince días, tal como se describe en el libro, de qué modo lo que nos ha sucedido en la vida es tan real, ha sido tan real, que nos permite ser libres.

A todos aquellos que deseen enviar preguntas o intervenciones breves a la dirección sdccarron@comunioneliberazione.org, les pido que lo hagan antes del domingo anterior a nuestra Escuela de comunidad.

Tenemos ya el Cartel de Navidad, que os leo ahora; creo que es bastante pertinente. «La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de "lo que vale y permanece siempre". Esta exigencia constituye una invitación permanente, inscrita de forma indeleble en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido [no usaríamos la razón así, no Le deseáramos, no nos pondríamos en camino si no hubiese venido antes a nuestro encuentro]. En él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su Encarnación» (Benedicto XVI, *Porta fidei*, carta apostólica de convocatoria del Año de la fe).

«Cristo no es algo "yuxtapuesto", sino algo que está "dentro": dentro de tu alegría, dentro de tu cansancio, dentro de tu connivencia o tu convivencia, dentro de tu repulsión o de tu simpatía. La conciencia del Misterio presente hace de nuestra vida un flujo continuo de novedad. Con el reconocimiento de esta presencia dramática, con esta presencia en la que habita corporalmente la divinidad, "empieza" algo nuevo: hoy, a las once, a la una, a las seis, a las diez; mañana, a las tres, a las cuatro. En cualquier momento empieza algo nuevo» (Luigi Giussani).

Estará disponible a partir de la semana que viene.

Manifiesto de juicio de CL «Construir en tiempo de crisis».

Sugerimos a las distintas comunidades organizarse para proponer encuentros públicos retomando los contenidos del manifiesto y utilizando también la exposición *150 años de subsidiariedad*, porque es un complemento maravilloso para mostrar que lo que se dice en el manifiesto es perfectamente razonable, perfectamente realista porque lo documenta toda la historia de Italia (como se ve en la exposición), incluso en tiempos más duros que los que vivimos ahora.

Anuncio que se celebrará un encuentro público (como el que hemos hecho en Milán) en Roma, con Giorgio Israel, Antonio Polito y yo mismo, el jueves 17 de noviembre.

Como cada año, volvemos a proponer dos gestos de caridad que tienen un gran alcance:

· La Jornada nacional de la "**Colecta de alimentos**", que tendrá lugar el sábado **26 de noviembre**, organizada por la Fundación Banco de Alimentos.

· La **Campaña Manos a la Obra** de AVSI, que este año tendrá por título «En la raíz del desarrollo: el factor humano», para sostener proyectos, sobre todo educativos, en Kenya, Haití, Egipto y El Congo.

Son muchas las personas a las que conocemos y que responden espontáneamente a la Colecta, y también otras que se implican por un ímpetu de generosidad y de gratuidad. Se ha convertido en una caritativa nacional, casi el gesto de caritativa del pueblo italiano, pero muchos tienen este ímpetu y no saben el motivo. Entonces, al estar juntos durante la colecta o en los gestos de la campaña Manos a la obra, podemos testimoniar el origen, la razón profunda de estos gestos que nos educan en la caridad mucho más que mil discursos, para que las personas puedan tener una razón que vuelva estable este ímpetu de generosidad, que les haga comprenderlo. Además, la situación de crisis que la realidad nos pone delante hace todavía más evidente lo razonable de estos gestos, sobre todo como educación para nosotros: al pedir a las personas con las que nos encontramos que ayuden a otros en sus necesidades, podemos ser más conscientes de todo lo que hemos recibido y recibimos; podemos además descubrir que estos gestos pueden educar a un pueblo y abrir el horizonte a las necesidades de todos.

A través de estos gestos podemos comunicar también que nuestra verdadera necesidad es de algo más grande, y si participamos en la Colecta o en la campaña no es para llenar el vacío con un gesto generoso que nos deja al final más escépticos que antes, sino por una plenitud en la que se apoya nuestra vida, y por el agradecimiento por haber encontrado la respuesta a esta necesidad.

Dejar pasar estos dos momentos educativos para nuestras comunidades sería una verdadera lástima.

Veni Sancte Spiritus